

## Entre dos siglos: de la salubridad a la higiene y del ornato a la elegancia

### *Plaza Central de Mercado de Bogotá. Las variaciones de un paradigma (1849-1953)*

WILLIAM GARCÍA RAMÍREZ

Pontificia Universidad Javeriana,  
Universidad Nacional de Colombia,  
Bogotá, 2017, 344 pp.

LAS PLAZAS de mercado comparten hoy su lugar con los supermercados y otros dispositivos de abasto que parecen omnipresentes en el espacio y señalan particulares circulaciones y disciplinas urbanas. Aún más, por su escaso número en comparación con esos otros centros de intercambio, las plazas de mercado son valoradas como hitos urbanos con un valor especial, dirían algunos patrimonial, pues señalan prácticas de otras épocas, al tiempo que presentan los productos del campo y otras mercancías de manera atractiva para quienes las visitan, sean ellos nacionales o extranjeros. Con todo, lo interesante, que no por obvio resulta superfluo, es que no siempre fue así.

En efecto, lo que reconocemos como plaza de mercado es, en nuestro país, un lugar que aparece en las ciudades a partir de mediados del siglo XIX. Esas primeras plazas fueron de corredor y cubiertas, de allí el otro nombre, galerías, que les damos en muchos de nuestros poblados. Antes del medio siglo XIX, en la entonces República de la Nueva Granada, eran las plazas de las poblaciones los lugares que se transformaban un día de la semana en sitios de intercambio de víveres, carnes y mercancías: el día de mercado. Las plazas principales de cualquier población, en su calidad de espacios abiertos, tuvieron la cualidad de adecuarse a diversos usos. Por ejemplo, presenciar el ajusticiamiento público, participar en una fiesta religiosa, contemplar un desfile militar o tomar parte en la protesta colectiva; en fin, servir para el encuentro de los habitantes con el objeto de ponerse al día en consejas y noticias que llegaban de otros lugares. Por ello, no es extraño que en esos mismos lugares se inter-

cambiaran o vendieran productos de la tierra y géneros locales o foráneos.

Un gran cambio urbano sucedió cuando se tomó la decisión de prohibir que en las plazas de las ciudades, primero, y luego de cualquier otra población, se realizara el mercado semanal. De una parte, quienes tenían la capacidad de tomar decisiones en este sentido consideraron que el abasto debía ser ya permanente, pues el tamaño de la población así lo requería; de otra parte, ellos pensaron que el modo de hacerlo debía tener en cuenta la salud y el bienestar de la población, por ello el cambio no era solo de lugar sino del modo cómo debía realizarse dicho intercambio; y, finalmente, por lo tanto, decidieron que dicho modo de hacerlo debía concertar la arquitectura con la ciencia, esto es, que las plazas de mercado debían ser sitios especialmente contruidos para tal fin, pues desde el manejo del agua, el viento y el sol, hasta la estética del edificio, debían dar razón de ese nuevo signo de lo que con gusto llamaron progreso.

Este es el punto de partida del libro que estamos reseñando. Para el caso de Bogotá, en 1846 comenzó a discutirse el cambio que debía solucionar los muchos problemas que creaba en la población el mercado semanal, el cual se realizaba en su plaza mayor desde hacía varias centurias. Sin duda, no es casual que coincida dicho año de 1846 con el del emplazamiento de la estatua de Bolívar en el mismo lugar. A partir de esta fecha, señala el autor, comenzó en la ciudad una dinámica que ocasionó que de la triada salubridad-aseo-ornato, dominante desde entonces y hasta los años iniciales del siglo siguiente, se pasara a la triada higiene-comodidad-elegancia. Transformación en la que el estudio de la plaza de mercado es un lugar explicativo privilegiado.

Para el examen de esta transformación, el autor estructura su narrativa en dos grandes bloques temáticos y temporales, pero que son expuestos de la misma manera: uno histórico, referido a la plaza propiamente dicha, y otro analítico, centrado en el estudio de las mencionadas triadas, que el autor denomina paradigmas. En el primer bloque, el autor presenta la historia de la Plaza de la Concepción desde cuando se decidió prohibir el merca-

do semanal en la plaza mayor (1846), hasta los años iniciales del siglo XX, época en la que arrojaron las críticas al edificio que se había construido unas cuatro décadas atrás; luego, en el siguiente capítulo, el autor se detiene el estudio detallado del paradigma salubridad-aseo-ornato. En el segundo bloque, se presenta la problemática que llevó a la demolición de la Plaza de La Concepción, el debate relacionado con la ubicación de la plaza de carnes, la construcción de la Plaza Central y su existencia hasta que de nuevo, mediando el siglo XX, se decidió que no era conveniente seguir manteniendo una plaza de mercado en este lugar de la ciudad. Este capítulo es seguido de otro que, igual que en la primera parte, examina ahora minuciosamente el paradigma higiene-comodidad-elegancia. De esta manera, la estructura expositiva del autor permite entender fácilmente, con gran detalle, claridad conceptual y solidez documental, que el cambio de un paradigma a otro fue en realidad un proceso de maduración en el modo de habitar y entender lo que ello significaba en Bogotá. Por esta razón, lo que el autor nos propone no es una discusión esencialmente teórica sobre la modernidad en clave de salud y arquitectura, sino elaborar un modo de leer lo que significó el paso de la salubridad a la higiene, del aseo a la comodidad y del ornato a la elegancia.

Este estudio de las dos primeras plazas de mercado que tuvo la ciudad no se refiere a la transformación de Santafé en Bogotá –juego de palabras al que recurrimos con frecuencia para decir del paso de la ciudad indiana a la ciudad burguesa–. No lo hace, pues la Plaza de La Concepción no era posible en la ciudad indiana, ya que esta resolvió en el espacio abierto de la plaza la realización del mercado semanal. Luego, el primer paradigma señalado por el autor manifiesta decisiones que solo podían tomarse en Bogotá, no importa lo incipiente que esta pudiera ser. Quienes resolvieron que debía construirse la Plaza de La Concepción, demuestra el autor, eran gobernantes que entendían que la salubridad, el aseo y el ornato dependían de algo más que el ejercicio consuetudinario de la policía urbana. La ciencia, el control de la naturaleza, el edificio construido y localizado de

acuerdo con su uso y diferenciado en cuanto tal, y otros asuntos que desde entonces ya no podrían dejar de ser considerados en el acto de gobernar la ciudad, es lo que aparece como novedoso a mediados del siglo XIX. Luego, siguiendo la argumentación del autor, el paso del primer al segundo paradigma parece ser la consecuencia de unos urbanistas que entendieron que la higiene era ahora salud pública, que el aseo no era suficiente para satisfacer la comodidad de los habitantes y que si el ornato no alcanzaba a exteriorizarse como elegante, la urbe seguiría atrás en lo que los contemporáneos entendían como civilización.

Nos dice el autor que dos documentos marcaron su derrotero investigativo y dieron la clave para explicar lo que sucedió en términos de lo que era posible en la arquitectura de la ciudad: el primero es el informe de Vicente Lombana titulado *Informe del Gobernador de Bogotá a la Cámara de provincia en su reunión ordinaria de 1849*, publicado en el periódico *El Neogranadino* en ese año; y el segundo es el informe de Julián Lombana, titulado *Informe sobre plazas de mercado*, dado a conocer en 1903. William García Ramírez, el autor, es arquitecto y este libro no es una renuncia a ello bajo la excusa de realizar un estudio histórico. Todo lo contrario: lo que se pregunta en términos históricos es precisamente lo que significa para la arquitectura en Bogotá ese transcurso entre los dos paradigmas mencionados, dinámica encarnada en las dos primeras plazas de mercado de la ciudad. Al respecto, nos dice el autor que esos dos documentos

(...) generaron una primera hipótesis: la arquitectura producida en el período comprendido de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX obedece a un equilibrio entre las necesidades de la ciudad decimonónica (salubridad, aseo y ornato) y los deseos de los habitantes de la ciudad de inicios del siglo XX (higiene, elegancia y comodidad). (p. 314)

De esta manera, nos dice a continuación que,

El hallazgo de otros documentos que respaldaban las afirmaciones de estos informes fue conformando un instrumental con el cual fue posible,

por una parte, visibilizar una historia de la ciudad durante el intersticio de los siglos XIX y XX y, por otra, establecer que el paso de una ciudad entendida a partir de las nociones de *salubridad, aseo y ornato* [sic], a una ciudad pensada con los conceptos de *higiene, elegancia y comodidad* [sic], dejaba entrever que estas nociones fueron el resultado de una reflexión madura y de largo aliento, que tuvo como punto de partida las condiciones urbanas que dominaron la ciudad en el siglo XIX: salubridad, aseo y ornato. Por lo tanto, higiene, elegancia y comodidad constituye una síntesis conceptual que expresa un criterio consensuado, ya no solo para el diseño urbano, sino para el diseño arquitectónico de edificios, todo lo cual constituye una explicación del surgimiento de la llamada arquitectura republicana en Bogotá. (p. 314)

Esta exposición la hace el autor con el recurso de una amplia base documental y la inclusión en el texto de planos y fotografías que le permiten al lector darse una clara idea del asunto que lo preocupa y del modo como los habitantes de la ciudad dieron forma a estos dos edificios. Además, recurre a tres detalladas tablas que ordenan la documentación que da cuenta: la primera de las referencias en las fuentes a la triada salubridad-aseo-ornato; la segunda a la triada higiene-comodidad-elegancia; y la tercera, ya reuniendo los dos paradigmas en su resolución arquitectónica, a los dos momentos que le dan lugar: orígenes, entre 1849 y 1887, y consolidación, entre 1900 y 1935.

Es esta, en síntesis, una muy importante obra de historia y de arquitectura: bien escrita, bien documentada y bien explicada.

**Germán Rodrigo Mejía Pavony**